

sa del Canadá, para que se estableciera en el otro lado del Río que lleva ese nombre, les dijo así: „Nosotros hemos nacido en esta tierra, en ella están sepultados nuestros padres, dírenos á sus huesos: ¿levantaos y venid con nosotros á una tierra extraña? Los Holentotes, arrojados á un extremo del Africa entre los cañes sus feroces enemigos y los Europeos, mas temibles aun para su libertad, ¿consentirán jamas en abandonar el suelo patrio, donde les amenazan sin cesar la esclavitud y la muerte? El adagio tan repetido: „*tibi bene, tibi patria*“ no es verdadero sino en boca de un cortesano ó de un esclavo; y la mayor parte de los Europeos ha podido hace mucho tiempo, y puede aun sin ingratitud, decir con el judío de Para: me arrojaris de aqui nada me importa. Yo sacudiré el polvo de mis pies ó iré á buscar en otra parte otros hombres con quienes traficar; que me arruinarán, pero á quienes yo engañare si puedo, y de los que me separaré con la misma indiferencia con que ahora os dejo á vosotros.“

El amor de la patria nace y se desarrolla con la razon, y no se extingue sino con ella: abraza todas las vicisitudes de lo presente, todas las glorias de lo pasado, todas las esperanzas del porvenir. Un verdadero patriota es aquel que (con mas verdad que el Cardenal de Retz, puede decir al espirar: „En los tiempos aciagos no he abandonado yo á mi patria; en los bonancibles no he tenido otro interes que el suyo; y en los desesperados jamas me he dejado vencer por el temor.“ Triunfos, glorias, honores, amigos, deudos y familia, todo lo encierra en si esta mágica palabra „*Patria*“ á todo es preferible, por que todo lo que es distinto de ella es menos que ella: por su existencia todo se sacrifica, por que la ruina de la patria arrastra consigo la de los ciudadanos, y la pérdida de todos los bienes, cuyo goce nos asegura.

Y glendrán acaso patria los pueblos esclavos? ¿la tienen los hombres que al oír la palabra libertad lloran y muestran sus cadenas, que están anonadados por sus gobiernos, que las leyes los han dejado como blanco de los ultrages del mas fuerte y que maldicen á toda hora la tierra que cultivan para unos años duros y avarientos? ¿La tenían tampoco nuestros abuelos en el siglo VI. cuando los cosacos, esos nobles descendientes de los Scimbros, vinieron á destruir la libertad de las Galias; cuando era prohibido á los seglares sentarse á presencia de los clérigos, al artesano, al comerciante, al labrador, el pasar delante de un Sciambro sin hacerle una profunda reverencia?

No hay patria si no hay libertad; pero con esta ¿pueden cara no es la patria! ¿Qué sacrificio habrá que no esté dispuesto á hacer por ella un generoso corazon? „Si no habeis podido sufrir la dominacion de un hombre como Ciceron, ¿decia Ciceron á los senadores romanos: „¿podreis ¡oh padres conscriptos, tolerar la de un hombre como Antonio? Por lo que á mi toca, y lo digo en alta voz, en mi juventud defendí la libertad; ahora anciano tampoco la abandonaré. Yo que desafié al puñal de „espada de Marco Antonio; muy al contrario, presentaré mi pecho al golpe que le amenaza, con tal que yo tenga esperanza de que el peñsar de mi muerte, despierte en el corazon de „los ciudadanos los sentimientos que me animan, y que el dolor del pueblo romano lo impela á destrozarse el yugo que se le prepara.“

„Veinte años hace ya, padres conscriptos, que en este propio templo decia yo: *Por mas jóvenes que muera un cónsul que pierda la vida en el servicio de su patria, no es en verdad, su muerte prematura.* ¿Y usaria yo de otro lenguaje, al hablarlos hoy de un viejo que viene á ofrecerse como victima? ¿Que puedo ofrecer mas glorioso que la muerte, si por ella consigo librar al pueblo de toda esclavitud, si por ella cada ciudadano podrá ser feliz ó desgraciado en proporcion que haya servido bien ó mal á la patria?“

Por la patria vuelve Régulo á Cartago á morir en un suplicio. Por ella el rey Juan, despues de la paz de Brétigny, torna á Londres para acabar sus dias en su prision. Por la patria tambien dejan voluntariamente su pais natal los Laudemonios Spertis y Buris y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y se dicen: „Nuestros compatriotas han dado muerte á sus embajadores: este es un crimen, y nosotros venimos á espurarlo. Sea cual fuere el suplicio á que nos condenes, estamos prontos á sufrirlo.“ Lleno Jerjes de asombro por una virtud tan heroica, perdona el ultraje que habia recibido; pero quiere comprometer á Buris y Spertis á que permanezcan á su lado; y la patria es la que dicta su respuesta: „*Cómo, le dicen, como podremos abandonar nuestro pais, nuestras leyes, y á unos hombres tales, que hemos venido aquí á morir por ellos?*“

Encendido una vez el amor de la patria, no puede ya extinguirse: por que este fuego celestial vive y se conserva bajo las fecundas cenizas de los recuerdos. Si preguntamos á los Coptos, que arrastraron una vida miserable en

tra los escombros de la ciudad del Sol, nos responderán llenos de orgullo: Egipto, nuestra patria, fué el manantial de las luces, y la cuna de las ciencias. Los judios, desterrados de las ruinas del Jordan, errantes de un pueblo en otro por espacio de veinte siglos, alimentados con el oprobio y la persecucion, se consuelan con sus recuerdos religiosos, y jamas oyen sin júbilo, resonar en los aires el dulce nombre de Israel.

La libertad, nacida bajo el brillante cielo de la Grecia y de la Italia, es una planta indigena de estos venturosos climas. El hierro de los barbaros la ha segado, y ya no cubre con su sombra el suelo natal; pero en esta misma tierra que huellan sus opresores ha dejado hondas raices, indestructibles, y siempre prontas á echar otros nuevos tallos.

Dos mil años han transcurrido desde que las repúblicas de Grecia fueron á sepullarse en el océano de Roma: veinte siglos han pasado sobre los restos de Camilo y de Scipion: manos esclavas conducen el arado por los campos en que Tebas y Lacedemonia fueron: la ciudad eterna está llena de monges y vacia de ciudadanos. Sin embargo, Grecia y Roma viven en la memoria de todos los pueblos de la tierra: cada siglo aumenta su gloria y acrece su honrradía, sus monumentos son consultados por los artistas, sus libros por los sabios, sus leyes por los juriconsultos de todas las edades, y de todos los países. La antigua Grecia no pertenece al resto del mundo sino por sus juegos olimpicos. Sus legisladores, sus poetas, Licurgo, Homero, Demóstenes, Sócrates, Milciades, Agesiáo, Aristóteles, no son para nosotros mas que grandes hombres; pero estos grandes hombres son los antepasados de los griegos modernos, sus nombres venerables han sido pronunciados en las márgenes del Ceiso y del Eurotas, repetidos por los ecos de Maraton y del Taygeto, y ya los tímidos habitantes de la Morica, levantando sus envilecidas frentes y sus brazos cargados de cadenas, despiertan con los recuerdos de la patria, y piden á los pueblos libres, vengadores y armas. Cada día parece que la aurora se levanta, para alumbra la restauracion de la Grecia: en cada mensaje que llega del oriente se espera leer estas palabras: *La Grecia es libre.*...

Y ¿qué hombre honrado, no abrigará estas magnánimas esperanzas, que alimentan los oprimidos hijos de la brillante Atenas, de la virtuosa Lacedemonia, de Tebas la esforzada? Que generoso corazon no deseará, con la mayor vehemencia, que se apresure el día en que otro

Flaminio anuncie á todos los griegos: *que en adelante libres de toda traba, seguros de toda extorsion, vivirán según sus antiguas leyes y en una completa libertad, los habitantes de la Fócide, de Corinto, del Peloponeso, de la Acaya, de la Locride del Negroponto, de Magnecia, de Trólide y Tesália.* Los Tiberinos (aunque abatidos como los griegos no tan despojados de su antigüedad) toman un aire amaneizador al mostrar á un extranjero los restos de la grandeza romana, y su pecho se inflama relatando las virtudes del Pueblo-rey. Desde lo alto del Capitolio, señalan la columna Bética, á donde subian los cónsules para disparar la flecha hacia el país á que Roma enviaba la guerra; y el templo de Belona en que se congregaban los senadores para recibir las embajadas, y resolver sobre la solícitud del general que pretendia los honores del triunfo.

Ya no somos por ventura nosotros descendientes de esos Galos, célebres por su franqueza, y que poblaron la Europa con sus colonias, sin abandonar por esto el suelo que los vio nacer? ¿cuya aparicion en qualquiera punto de la tierra, siempre bastó á decidir de la victoria; que condenaba á muerte al que llegaba el postero al consejo, ó al campo de batalla; que marchaban al combate coronados de flores; que consagraban su espada á la patria, y su corazon al culto de la hermosura que á toda hora abrían la puerta al desgraciado, al débil, al extranjero, y que la cerraban por la noche apesadados cuando su huésped no habia llegado? ¿Y no somos hijos de esos Galos entre los cuales fundaron los druidas la mas antigua escuela de filosofia, de que hay memoria en los anales del mundo; de esos Galos tantas veces vencedores de los romanos, y á quienes el mismo Cesar no llegó á vencer despues de diez años de combates, sino arrojado á los unos contra los otros? ¿Cual es el pueblo de la tierra en que la poderosa voz de los recuerdos halla despertado pensamientos tan grandes y patrióticos, como en los hijos de esta antigua Galia, cuyo origen se pierde en la profundidad de los tiempos?

Quando el hombre entrega su espíritu á vagas meditaciones, ó abandona sus miembros al reposo; no tiene sino una confusa idea de su agilidad y de su fuerza. Cuando no se ve acosado del dolor ó la necesidad, cuando callan sus pasiones; no experimentan sino un sentimiento vago de su violencia y energia. La salud, los dulces hábitos de la vida domestica, la sociedad con sus amigos, la concurrencia

con sus compatriotas, los fuegos, las fiestas, la verdura y riqueza del suelo, todo lo ve, disfruta de todo con tal tranquilidad, que parece serle indiferente la conservación de estos dones inapreciables. Pero que la inquietud y la zozobra pongan en alarma á sus sentidos, que los amigos se alejen, que la muerte amenaze á la madre, á la esposa, al hijo querido; y entonces su palidez, sus lágrimas, sus gritos, revelarían á todos un pesar, cuya intensidad no habian aun conocido. Un error del que manda, la maldad de sus enemigos, ó la iniquidad de sus jueces, han ahorrado en un calabozo á un hombre amante del estudio y del retiro, que lleva muchos años de estar por inclinación y por hábito metido entre las cuatro paredes de su gabinete, ¿que tiene pues que extrañar en la prision si en ella encuentra sus libros? Nada ciertamente. Sin embargo apenas han pasado veinte y cuatro horas de haberse cerrado tras él las puertas de hierro, y ya pide con gritos penetrantes esa misma libertad cuyo uso desdenaba. Siempre está de pié, va, viene, recorre en todas direcciones el estrecho espacio que lo encierra; cuando antes, no conocia otro ejercicio que el de su pensamiento, sin mas movimientos que los de su alma. Pero ahora no desea otra cosa que la dicha de andar por la ciudad, de ver los campos, de penetrar en los bosques sombríos; y solo de pensar que le han arrebatado un bien que poseía sin gozario, está próximo á la desesperacion.

Mas; ¡ay! cuán ligero es su dolor si se compara con el de un desventurado que se ve reducido á morir en el destierro. Entonces se despierta en su corazón el amor de la patria, para hacer mas cruel su eterno suplicio! Entonces es cuando conoce el precio de lo que ha perdido, y maldice la crueldad de los hombres!

La mañana y la tarde, el día y la noche, las flores del otoño, las escarclas del invierno; todo en fin es para él un objeto de dolorosas memorias, todo le recuerda cuanto él ha amado; y en medio de tan amargos pensamientos es como se conserva el último soplo de su deplorable vida.

Filoteles, abandonado en la isla de Lemos, divisa á Neptolomo y Ulises, y al momento se olvida de su desgracia, y se adelanta hacia ellos exclamando: ¡oh Dioses inmortales! No son griegos estos dos hombres que veo? ... *Itabla*. ... Este es mi idioma. ¡Oh hijo mio! (continúa el hero de desterrado, dirigiendose al hijo de Aquiles) habla, habla aun: quiero escuchar el dulcísimo lenguaje de mi patria, del que han estado privados tantos años mis oídos. Tam-

bien yo he llevado en otros tiempos esos vestidos que ahora os cubren. ... ¡Oh extranjeros! Si sois griegos, apitadme de mi, arrojadme en vuestro barco, á la papa, á la pira, donde queráis con tal que me lleveis á nuestra común patria, para morir yo en el lugar mismo en que comencé á vivir.

Cuando el odio desde lo alto de la tribuna propuso una ley de proscripción: *No es, decia, la muerte de tantos franceses la que os pide, sino su destierro; que sean extrañados, y quedo satisfecho.* „Yo he adquirido derecho de responder (exclamó entonces con voz alterada un hombre cuyas lágrimas han corrido en los desiertos de Sinamari) ¿pues qué no es nada el destierro? ¿se puede concebir acaso un suplicio mayor que los tormentos que sufre un relegado? En sus enfermedades nadie le asiste: sus días se consumen en la amargura de los pesares: sus ojos se apagan con el llanto.” El desterrado vive en medio de unos intereses, y rodeado de unos hombres, á quienes aflige la prosperidad del país á que pertenece aquel y que se gozan en sus reverses: ve hacer los aprestos de guerra por sus enemigos, que estos amenazan á su patria y no podrá defenderla ni morir por ella. ¡Oh! y cuán penosa es de subir la escalera del extranjero, cuán amargo el pan que dá, como dice el Dante.

Y conociendo las penas del destierro, habiendo ya sufrido vosotros los tormentos de un expatriado, ¿como es que queréis atraerlos ahora sobre vuestros compatriotas? Aquellos dos quienes han recibido el ser viven aun, y no obstante son huérfanos; existen sus hijos, y no oírán jamas de su boca el dulce nombre de padre; la nieve asoma en su cabeza, las arrugas de la vejez se descubren ya en su frente y nada los allaga en esta vida, nada apresura su muerte. Ocupados con un solo pensamiento, é incapaces de cualquier otro cuidado, se les vé á toda hora del día, y á veces por las noches, sentados en la ribera del mar, recorriendo sin esperanza con ojos lánguidos, un horizonte sin limites, y buscar en él el punto hacia el cual está situado su país, y la ruta que debe seguirse para ir y para volver. La muerte es sin duda mil veces preferible á ese estado de angustia y de dolor; sin embargo la muerte los horroriza: ¡morir sin ver una vez á su familia y sus amigos, sin que nadie lo sepa, ni pueda decir: *Aquí yacen sus cenizas; aquí es donde ha cesado de padecer!* Semejante sacrificio es superior á las fuerzas humanas, ¡Oh hombres! seais quienes fueréis no apliqueis jamas esa pena á otros hombres, sean los que fueran; no la impongas,

nunca ni á los mayores criminales; arrancadles mejor la vida, pero no los desterreis.

Caminaba yo para Lyon, é iba pensando en lo que sucedió á los dos hermanos Bachevilles el lamentable año de 1815, que lá historia ha inscrito en sus sangrientos anales. Mi memoria fiel, al recordarme los crímenes de esa época, me ponía delante de los ojos á los dos hermanos, desde los primeros pasos que habian dado en la carrera de las armas, sentando plaza entre los valientes de un ejército, que nunca tendrá rival en los fastos de la gloria. El triunfo de la fuerza y la fortuna, no habia desanimado su valor; dejaron el campo de batalla, pero despues de haber perdido la esperanza de morir en él. Estos últimos esfuerzos fueron reputados como un crimen; se alza contra ellos la persecucion, y codiendo á las súplicas y llanto de una familia, de que son el idolo y orgullo, salen de Francia, suspirando por el cadalso á que estaban destinadas sus cabezas. El hermano mayor, por seguir al mas jóven, abandona el lecho glorioso en que lo tenian las heridas recibidas en defensa del suelo frances, invadido por el extranjero. Vedlos errantes en los diversos estados de la Europa, donde les está prohibido, como en Francia, usar del agua y del fuego; perseguidos, acosados de selva en selva, de caverna en caverna, van á buscar un asilo entre los bárbaros, contra el furor y la injusticia de los pueblos civilizados; y su noble infortunio encuentra al menos allí corazones abiertos á la compasion; el Arabe los acoge bajo su tienda y cura las heridas de un guerrero frances, proscripio en los lugares en que todavia hueve la sangre que ha derramado en defensa de su patria. Vedlos como se dirigen á la Persia, donde esperan ser admitidos al servicio militar; pero ¡cuanto mas amarga se hace su suerte, á medida que se alejan de la Francia, y cuanto es mas sensible la pérdida de la patria en el silencio de un desierto! Vedlos, ocupados con la misma idea, detener el paso repentinamente, mirarse con los ojos arrasados en lágrimas, y arrojandose el uno en los brazos del otro, exclamar entrambos á la vez: *volvámonos á morir en Francia. Unánimes en*

esta resolucion, solo un pensamiento los define: van á sufrir una sentencia, ó mas bien van á encontrar la muerte en un país donde se ha pronunciado ya su fallo; y ¿desfuirán de un golpe las esperanzas todas de su familia? Uno solo, pues, debe ser víctima; si perece salva á su hermano y deja un consolador á sus padres; pero el peligro es mas inminente sin duda para el que haya de partir, y por espacio de muchos dias se disputan entre si el funesto derecho de hacerlo.

¡Ah que separacion la de estos hermanos, de estos tiernos amigos, uno de los cuales corre á recibir la muerte que le aguarda en el seno de su patria, mientras el otro tiene que soportar en una tierra extraña un suplicio infinitamente mas penoso. ¡Llega Bartolomé á Francia, se constituye prisionero, y pide que se le juzgue; su inocencia y la de su hermano quedan reconocidas; ¿Que mensajero mas feliz que el aire, mas rápido que el pensamiento podrá llevar esta noticia á sus hermanos con la celeridad bastante? Solo el gobierno posee los medios de acortar la distancia, y los pondrá en ejercicio; por que se trata de reparar una injusticia horrible, de restituir á su patria, á su familia y al ejército, un ciudadano, un hijo, un guerrero digno de ellos.

Mas ¡ay! cuán duro es decirlo: no faltan hombres que sostengan, que la sentencia que destruye una acusacion solidaria, no establece una inocencia comun: que la absolucion de uno de los hermanos en nada favorece al otro.

La voz de la justicia queda sin eco, no llega á los oidos del infeliz desterrado; y creyendo este que su hermano ha perecido por que fue confirmada la sentencia que los proscribio, la desesperacion lo descarría. Sin plan, sin recurso, agoviado de dolor, de fatiga y de miseria, vacila y cae no muy lejos de los muros de Basora. Las arenas del desierto se acumulan ya sobre el cuerpo del guerrero moribundo; pero no cubren todavia sus parpados; los entrecabe con esfuerzo; sus últimas miradas se dirigen hacia Francia, y sus palabras postrimeras son las mismas, que poco ha resonaron en mi oido: ¡salve oh patria mia!



TLAHUICOLE.

LEYENDA MEXICANA.



N los primeros años del reinado del emperador Moctezuma, cuando este monarca, que antes de subir al trono había mostrado un carácter tan dócil y popular, comenzó á desplegar todo el orgullo, y la desmesurada ambición que le dominaba, las naciones vecinas temblaban al pensar en el yugo que un despota extranjero iba á imponerles; temían por la pérdida de su independencia, porque se consideraban con muy poca fuerza para poder contrarrestar á un tirano mucho mas poderoso que ellas. En efecto, sus temores no fueron infundados; apenas se sentó en el trono Moctezuma, cuando concibió el proyecto de sujetar al imperio mexicano todos los pequeños estados independientes que se hallaban diseminados en el vasto país de Anáhuac, porque no contenta su ambición con lo que poseía, quería abarcarlo todo. Sujeto ya Atzacotalpa y otros estados por sus antecesores, aliado de los Huejotzínques y Cholules, fué invitado por la envidia de estos y por la suya propia á hacer la guerra á Tlaxcala, á esa célebre república tan fecunda en acciones heroicas.

Tlaxcala, esta república memorable por su rivalidad con México, que nos recuerda los tiempos de Roma y de Cartago, este pequeño país sostenido únicamente por el espíritu de patriotismo y de libertad de hijos, había llegado en tiempo de Moctezuma á un grado tal de prosperidad, que envidiosos todos los estados que la rodeaban de su poder, solo pensaban en formar alianzas unos con otros para destruir el poder gigantesco que había llegado á adquirir ese país que al principio les fué tan insignificante. Pelearon contra ellas; mas viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, enviaron un mensaje á Moctezuma

para que los auxiliara. Esto, que desde mucho antes había concebido el proyecto de dirigir sus armas contra los tlaxcaltecas, les prometió auxiliarnos; y levantando un ejército considerable lo dirigió contra aquellos al mando de su hijo primogénito, al cual se reunieron los itzoconeses y otros pueblos al atravesar la falda meridional del Popocatepetl, llegaron al campo Tlascalas, y allí sufrieron los mexicanos y sus aliados una completa derrota, quedando muerto en el campo de batalla el general mexicano, primogénito del emperador.

Esta derrota, con la pérdida incomparable que en ella tuvo Moctezuma, excitó mas su odio contra los tlaxcaltecas y doblando las fuerzas de los aliados, estos presentaron muchas batallas en que de nuevo quedaron derrotadas sus tropas.

Un general tlaxcalteca, llamado Tlahuicole, hombre de un grande ánimo y de una fuerza extraordinaria, y cuyo nombre solo bastaba á introducir el terror en las filas de sus enemigos fué quien con su pericia y astucia militares hizo conseguir tantos triunfos á las armas de la república. Su valor, ayudado del genio militar que le había concedido la naturaleza, todo lo arrostraba, y nada bastaba á ponerle díques; cuando inflamado por el amor de la patria y de la libertad animaba á sus tropas con el ejemplo y arrollaba los escuadrones enemigos, haciendo en unos una carnicería sangerosa, y obligando á los demas á huir por no recibir los formidables golpes de su poderoso *macuahuitl* (1), de esa arma que solo él con su fuerza prodigiosa podía esgrimir, puesto que un hombre de fuerzas no comunes no era suficiente para levantarla siquiera.

Tlahuicole! Este solo nombre pronunciado

[1] Espada.

con entusiasmo por los tlaxcaltecas en medio del calor de la refriega, bastaba para que los enemigos que poco antes pelearon con denuedo, sintieran que se agotaban sus fuerzas, que las armas se les caían de las manos, y se vieran precisados á encontrar en la huida su única áncora de salvacion, porque Tlahuicole, terrible como la tormenta y rápido como el rayo, destruía, aniquilaba cuanto se le oponía.

El seis *Miquiztli* del mes *Allahuaco* del año octavo *Coatl* (2) se iba dar una batalla decisiva. El sol hermoso y puro, se levantó detras de los altos volcanes que dominan el valle de México, tiñendo de oro y rosa á las nieves que cubren sus enormes cabezas. Ese astro divino, fecundador de la naturaleza, dios de los americanos, y á quien estos no veían sino con aquel respeto religioso que les inspiraba la vista de todos aquellos beneficios de que le eran deudores, parece que queria contemplar aquella lucha sangrienta. Rodeado de nubes que no ofuseaban su esplendor, parecia un rey que en medio de su trono iba á contemplar la lucha entre vasallos igualmente caros á su corazón.

Su luz iluminaba ya de lleno el extenso campo de batalla: la hora de esta se acercaba y aun estaba vacío el estenso *Jautlalli* (3). Este recinto circundado por una densa muralla, tenía dos logias de circuito. No se veían en él, ni árboles, ni plantas, ni piedras, ni nada que pudiera oponer algun obstáculo á los movimientos de los combatientes, y libre y desembarazado podían en el correr y hacer cuantas evoluciones demandaba su táctica militar. Por un lado se miraba un denso bosque, lugar paufano donde con los fuertes aguaceros se formaban lodazales cuya superficie cubierta de yerbas acenáticas engañaba á primera vista, haciendo concebir la idea de un terreno fino y sólido; por otro los altos volcanes del *Popocatepetl* ó *Ixtaccihuatl* con sus nevadas frentes, parecían dos gigantes destinados únicamente á servir de muralla y á reanimar las fuerzas debilitadas de los soldados.

Gran silencio reinaba; las aves mismas, tímidas y medrosas huían al bosque vecino á guardarse entre las ramas de los corpulentos árboles que lo formaban. Tlaxcaltecas y mexicanos situados en sus respectivos campamentos, solo se ocupaban en disponer el plan de ataque, ordenaban los *giquipiles* (4) el número

de soldados que habian de entrar al combate, y el que quedaria para formar las emboscadas, y hacían su revista general de armas.

De cuando en cuando se veía á lo lejos un *quimichin* (5), que á veces pasaba sin ser visto; mas que á veces tambien tenia que apelar á la huida, porque los enemigos que lo habian observado iban á su alcance; y gracias á su agilidad, llegaba á su campamento, dejando burradas las intenciones de sus enemigos.

Oyerósonse pronto dentro del *jautlalli* sonidos confusos que procedían de sus dos extremidades oriental y occidental, sonidos que poco á poco fueron percibiéndose, mas á medida que se iban acercando los que los producían. Eran las tropas de los aliados y las de los tlaxcaltecas que se acercaban ya al combate, y que dirigían su marcha por medio de tamboriles, cornetas y caracoles marítimos, los cuales producían un ruido harmónico que auventaba la confusión. Las tropas de los aliados entraron por la estremidad oriental, y la de los tlaxcaltecas por la occidental: ambas venían dispuestas en *giquipiles* mandadas por sus respectivos gefes; las de los mexicanos formado un cuadro, dentro del cual iba el general del ejército *Cuachnoll* con el estandarte del imperio que era una águila en actitud de arrojarle sobre un tigre, cuya asta llevaba tan fuertemente atada á la espalda, que era preciso que le hicieran pedazos para que lograrian arrancárselo. Entre los tlaxcaltecas por el contrario, *Tepozotzín*, que conducía el estandarte de la república, que era una águila con las alas abiertas en actitud de volar, iba colocado á la retaguardia, mientras Tlahuicole, general de ejército, marchaba al frente desafiando con su aspecto arrogante al enemigo y ostentando todas las decoraciones con que la república habia premiado su valor.

Amos ejércitos marchaban impávidos, presentando un conjunto regular y variado: los simples soldados con todo el cuerpo pintado de color que variaba en cada *giquipilli*, con su escudo cubierto de plumas y su honda en el brazo izquierdo, su *macuahuitl*, su maza ó su pica en el derecho, y sus flecha y su careax en la espalda, y los nobles y oficiales del ejército con sus armaduras de blanquísimo algodón, y de plumas primorosamente tejidas, y bordadas de oro con su enorme cabeza de serpiente ó de tigre, su alto penacho de plumas de mil variados colores, y con sus insignias respectivas los caballeros de las órdenes militares *Jelcuahitn*,

(2) Corresponde al 7 de marzo de 1513.

(3) Campo de batalla.

(4) Compañías.

(5) Espíritu.

Quaidiv y Ocelo, de los príncipes águilas y tigres, formaban un conjunto, semejante al de un campo cubierto de flores silvestres de diversos matices y colores.

Se dio la señal del combate; y los sonidos agudos de los caracoles marinos, de los tambores y de las cornetas; los silbidos y espantosos ahullidos de los soldados, y los gritos de *Huitlopoctli* ayudanos, que arrojaban los mexicanos, y los de *Camajtle* socórenos que arrojaban los tlascaltecas, formaban una vocería tan extraña y horrible, que hubieran espantado á otros que no hubieran sido ellos. Comenzó la acción con las armas arrojadas; las flechas y los dardos silbaban por el viento; pronto comenzaron á hacer uso de la honda, de esa arma terrible que por donde quiera llevaba la muerte, y á las dos horas de acción en que se habían agotado ya piedras y dardos, tres mil soldados mexicanos y cuatro mil tlascaltecas, yacían tendidos en el Jevotalli.

Dióse la señal, y la honda y la flecha cedieron su vez á las otras armas. Los gritos que no habían cesado hasta allí, se avivaron, y volvieron á resonar las voces de «*Huitlopoctli*, ayudanos.» «*Camajtle*, socórenos, y los dos ejércitos se acercaron.

En ese momento brilló en el rostro de Tlahuicole un rayo de feroz alegría, sus forzudos miembros tomaron mayor incremento, y pulsando su ponderoso y terrible *macuahuitl*, — ¡ánimo y valerosos republicanos! exclamó, ¡invencibles tlascaltecas, la patria peligrá! Vuestros mugeres é hijos arrostrarán el yugo de la esclavitud, servirán á un tirano, si hoy no despleáis todo vuestro valor! ¡Animo tlascaltecas! Y el fué el primero que se arrojó en medio del ejército enemigo, — ¿qué tememos, repitieron los soldados, si Tlahuicole marcha á nuestro frente, si el rayo tlascalteca ha estallado ya? Bebamos la sangre de los vilos esclavos, y volvamos victoriosos á nuestros hogares, ó perezcamos aquí, para no ver nuestra afrenta,» y entónces, repitiendo entusiasmados el nombre de su dios y el de Tlahuicole, se arrojaron todos tras él.

Tlahuicole, mas veloz que un dardo, atravesaba las filas enemigas, descargando su *macuahuitl* y dejando tras sí sembrado de cadáveres el suelo. Los soldados fascinados por el valor de su general, se creían animados del mismo espíritu que él, é inspirados por la libertad y por la patria, se empeñaban con orden en la pelea, porque ya la muerte no les arredraba, porque mas querían morir que beber la infamia de ser derrotados.

Los mexicanos que hasta allí habían peleado

con demasiada serenidad, luego que oyeron la voz de Tlahuicole, y le vieron arrojar sobre ellos, comenzaron á temer; mas Cuauhuoctli, cuya serenidad y valor eran tambien extremos, no cesó de animarlos, recordándoles á su vez la pérdida de sus mas caros intereses.

Miéntas tanto, Tlahuicole habia penetrado hasta el centro del ejército enemigo, y delante ya de Cuauhuoctli, iba á descargar sobre él su terrible *macuahuitl*, y á apoderarse del estandarte, con lo cual hubiera terminado la batalla, cuando uno de los oficiales mexicanos se puso entre él y Cuauhuoctli, queriendo evitar el golpe que iba á caer sobre su general, y tal vez imaginando tener la gloria de asentar uno al valeroso tlascalteca. Mas ¡ah! infeliz, el golpe que debia haber caído sobre Cuauhuoctli, cayó sobre su cabeza, que dividida en dos partes, lo obligó á caer en tierra, derramando un mar de sangre.

En fin, despues de inútiles esfuerzos los mexicanos se decidieron á oponer al valor y la franqueza de los Tlascaltecas, la estratagema y la traición. Mandó Cuauhuoctli que su ejército se fuera retirando poco á poco hácia el bosque vecino; así lo hizo. Tlahuicole, confiado en el cuerpo de reserva que habia dejado, con órdenes de que si se retiraban los mexicanos, cargasen sobre ellos por detras los siguió, haciendo en ellos una horrorosa carnicería. Llegaron al bosque los mexicanos que habian reconocido bien el terreno, y sobre todo, que habian premeditado bien su traición; evitaron el peligro; mas Tlahuicole y su ejército que no pensaban en aquel momento sino en la victoria que ya casi miraban como suya, entraron en el bosque sin recelo, y sin esperar lo vieron sumergidos en los hondos pantanos que allí habia. En tan apurada situación, se vieron atacados de pronto por trecientos hombres que habian quedado de emboscada, quienes apoderándose de ellos, los ataron villanamente. Con tan feliz resultado, los mexicanos cargaron sobre los tlascaltecas; mas estos aturridos con tan inesperada desgracia, comenzaron á temer. Les faltaba Tlahuicole ¿qué podian hacer ellos sin su general? Sin embargo, aun les quedaba su estandarte, todavia no lo habian perdido todo.

Volvió á empeñarse la pelea, pero como ya nada arredraba á los mexicanos, arrollaron completamente á los tlascaltecas. Uno de los oficiales mexicanos llegó entónces hasta *Tepozatzin*, y descargando un fuerte golpe sobre él, lo hizo caer al suelo, y le arrancó el estandarte. Esto aumento el desórden del ejército

Hastales; y viéndose ya sin general y sin estandarte, se disperso, y echó á huir entre horrosos gritos de dolor: los mexicanos los siguieron ó hicieron dos mil prisioneros. Tlahuicole, que ya prisionero vió que se volvía á emprender de nuevo la pelea, exclamaba sin desespérer todavía: „ánimo, tlascalenses, todavía podéis vencer, pues os queda aun vuestro estandarte; mas cuando vió caer á Tezpoztlín, y vió que le arrancaron el estandarte, único estímulo que les quedaba, hizo un movimiento convulsivo y arrojó un grito de desesperación.

Los mexicanos volvieron victoriosos, y entre mil gritos de júbilo que asordaban las aires daban gracias á Huitzlopoctli, porque les habia permitido consumir una traición. Al llegar donde estaban los prisioneros, volvieron á entonar un himno en acción de gracias, y Cuauhnóctli al ver á Tlahuicole le dijo:

—Caiste, en fin, en nuestras manos, Tlahuicole.

—Si, gracias á vuestra traición soy vuestro para mi baldón y el de mi patria.

—Jamás habian tenido los dioses una víctima mas grata á sus ojos, como la que van á tener dentro de pocos días: tú serás sacrificado.

—Ya lo veo, y esa será mi mayor gloria.

—Te presentaremos a nuestro señor, el invicto emperador Moctezouma.

—Y será la vez primera que me presento delante de un tirano.

—El es generoso, quizá te concederá la vida.

—No quiero de él mas que la muerte.

—Así será. Y dirigiéndose á unos soldados, les mandó que los encerraran en una jaula.

Pocos días despues entró el ejército á México, conduciendo á los prisioneros, entre las mas vivas aclamaciones del pueblo.



EMBOSCADA.

POS brazos otra vez dame, sobrino, que lo mereces bien; pues que de Flandes llegas con vida á Burgos, imagino que honrado habra de ser, que al fin y al cabo mi sangre hierve en tí....

—Señor!....
—No te andes perdiendo, por tu vida, en digresiones la historia al referir de tus bazañas, ya sé que grandes son, arduas y estrañas; que de tu claro nombre los blasones, de Leibas digno vástago, no empañas. Eres mi sangre, sí;... ¡guerrero y mozo! Sobrino, así te quiero; cuando apenas tu labio apunta el bozo la espada ciñes ya de caballero.—

—Todo os lo debo á vos, vuestro consejo guióme fiel por la gloriosa senda, y ansioso la seguí, vos ya erais viejo, é inútil ya para la lid tremenda.]

Partí á la guerra pues, y desde entonces, aunque no ya por vuestros propios labios mis pasos dirigisteis,

yo pretendía, los consejos sabios en práctica poner que aquí me disteis;

y lo alcancé tambien; dígalos Flandes, la triste Flandes ó el feroz flamenco,

que de terror y espanto sembrada ya su desolada tierra,

la fecundiza con su amargo llanto; con honra vuelvo en fin, que, por Dios santo,

para honrado volver partí á la guerra.

—Muy bien, Enrique.

—Mas, dejemos tío, tal plática por hoy; pues do que exija

merced alguna mi valor ya es hora, y á tiempo que ahagüena y seductora traigo esta idea en la memoria fija;

ya veis que honrado vengó, y de otorgarme alguna gracia es día.

una señor que demandaros tengo.—

—Te la otorgo, por Dios, habla.—

—¿Maria?—

—¿Maria!... por piedad no me hables de ella; de un cláustro en el silencio sepultada, hace vida monástica!...

—¿Tan bella?

—y en vida sepultarse!...

—La cuidada

huyendo cuerda el mundanal bullicio

de un monasterio la quietud procura.—

—Perdonadme, señor, mas que cordura

arguye tal conducta poco juicio.

La obligasteis acaso?...

—Vive el cielo!...

La última luz que en mi vejez anhelo,

de mi primer amor el solo fruto

es mi Maria, Enrique;... ¿yo obligarla?...

Sobrino, ¿yo que por romper astuto

de su torcida voluntad los lazos,

y estrecharla una vez entre mis brazos

la escasa vida que me resta diera?

No; de buen grado, á mi pesar, se fuerat—

—¿Qué causa?...

—No la alcanzo;—

—¿y ha profesado ya?—

—No, todavia;

mas ya de pronunciar su juramento,

próximo se halla y de mi muerte el día.

De simple colegiala en el convento,

el hábito aun no viste

que rígida demanda

la regla que abrazó de carmelita;

pero en breve tambien ¡ay de mi tristel!

cambiandome de ropage,

el áspero cilicio, ¡pobrecita!

reemplazará su delicado trage.—

—No hará tal, lo aseguro, iré yo á verla;

y ó me engaña traidor mi pensamiento,

ó el Hacedor del vasto firmamento

no arrojó al mundo tan preciosa perla

para adornar el cláustro de un convento.

No fabricó el Señor tantos hechizos,

voto á la espuela que con honra calzo,

para evitar el mundo antojadizo,

para cortados sus flotantes rizos,

ni aquel pequeño pié para descalzo.

Voy al momento á verla.

—Vé, sobrino;

esposa tuya habrá de ser, si alcanzas

que cambie en sus antojos de camino.

Ella es todo mi amor, mis esperanzas,

Dila que, triste, desde el negro día

que abandonó mi lado,

en mi tediosa soledad impia,

ni un hora de placer he disfrutado.

Dila tambien que, si al consejo, dócil

de un padre que la adora,

no consiente en volver, al lado tuyo,

al pobre hogar, que abandonó en mal hora;

la vida ha de costarle al padre suyo.—

—Si la diré, y ahadré, altanero,

que cuando vuelvo de la lid sangrienta,

donde, sin ley, ni fuero,

ni conocer mi voluntad lindero,

lidié, teniendo su hermosura en cuenta,

para postrarme ante sus piés, vasallo;

tal soberana á renunciar, no hallo.—

—Diselo; sí.—

—Lo haré si no consigo,

antes que acabe su carrera el día,

traer á Maria á nuestro hogar conmigo,

podéis, por vida mia,

jurar, que tiene vocación, Maria.

Pero lo dudo mucho.—

—Parte, Enrique;

mas cuenta con lo que haces, no quisiera

que loco y temerario,

rompiendo audaz de la prudencia el dique

turbases la quietud de aquel santuario.—

—Mucho, buen tio, de torcer el paso

hacia el camino de la infamia, disto;

por Dios, que no olvideis en todo caso

que soy soldado de la fé de Cristo.

El ser mugeres, y el sagrado muro

que del ruidoso mundo las separa,

las ponen de mi cólera al seguro;

no han de tener, par diez, por qué quejarso

de mi extraña visita, yo os lo juro.

La dueña que me guie á la clausura

dó esconde mi Maria

su gracia y su hermosura,

testigo habrá de ser de mis acciones

al par que diestra conductora mia.

Esto, D. Pedro y D. Enrique hablaron;

despues asiendo su sillón de cedro,

á meditar lo que ambos acordaron,

tranquilo en el, se arrefranó D. Pedro.

Vino la dueña, se envolvió en su velo,

porque nadie al salir la conociese;

despues, alzando una mirada al cielo,

cogió el sombrero D. Enrique, y fuése.

II.

—Entrada me habeis de dar

hastala huerta, ó por Dios,

que por mas que os pese á vos,

yo me la habré de tomar.

Pues decid que en ella se halla

mi prima, sed menos plomo;

ved si dais, ó me le tomo

el permiso de ir á hablalla —

—La llamaré.—

—No hagais tal;

sorprenderla me es preciso,

que hablarla ya sobre aviso

no es á mis planes igual.

—Entonces ¿qué hacer? volveos;

que al cabo no está en mi mano

el hacerlo, conque... hermano...—

—¡Madre Abadesa, teneos!

No me obliguéis á romper

los lazos que aqui respeto;

vine á hablarla y yo os prometo

sin hablarla no volver.

Y no os presumais que fuerza

de intencion, por Dios amado:

con que hacedlo de buen grado,

antes que ocurra á la fuerza.

Si de ese torno al través

pudiérais mirarme agora,

yo os implorara, señora,

de hinojos á vuestros piés.

De hinojos, cuando á ninguno,

incluso el rey de Castilla,

doblé jamas mi rodilla

mas que ante Dios Trino y Uno!

Pues gustoso aqui lo hiciera

ante vos, en este instante,

si en vuestro oculto semblante

leer mi destino pudiera.

Mas ¿qué sirve de hinojos

me postre ante vos aqui,

cuando ni aun podéis, asi,

ver mi afliccion en mis ojos?

Ceded, pues, madre Abadesa;

ved que en su estrecha clausura

muere esa tortola pura

de necios caprichos presa.

Y vos no querreis, así,

consintiendo en tanto duelo,

al mundo ofender, y al cielo...—

¡Doleos de ella, y de mí!

De ella sí; que acaso vos

virgen amorosa y bella,

atada tambien como ella...—

—Sellad los labios por Dios!

No esperéis que la lisonja

consiga torcer impia

la pobre conciencia mia:

Tom. II,

que soy por cada, monja.—

—Y acaso allá en el abril

de vuestra edad, sin quebrantos

saboreasteis los encantos

de una fortuna infantil.

Y en la caduca vejez,

huyendo los desengaños

del mundo, cargada de años

venisteis aqui.—

—Tal vez...—

—¿Por qué entonces no esperar

tambien á que mi Maria

del mundo, y su farsa impia

se lleque á desengañar?

Entonces ya, como vos

vaya á encerrarse en buenhora

á un monasterio, mas hora

dejadme hablarla, por Dios.—

—Ya rayais en temerario...—

—Dejadme al jardín entrar.—

—Yo no os lo puedo otorgar

sin permiso del vicario.—

—El vicario! inéme á él

con mi intento, y á decirle;...

pero os mejor escribirle;

dadme tintero y papel.—

—

—Siguióse un breve silencio

interrumpido tal vez,

ó por la tos de la dueña

que sentada en el dintel

del ancho portón del patio

ya dormitaba á placer,

ó por las fuertes pisadas

del jóven hidalgo, quien

entre gozoso y cólerico

con pronunciada altivez

paseaba inquieto á lo largo

del leucotrio; despues

giró sobre su eje el torno

y halló D. Enrique en él

para escribir al vicario

lo que habia menester;

Y haciendo de un roto banco

silla y bufete á la vez,

escribe, y al buen prelado

espone, atento y cortés

las razones que le obligan

á pedirle tal merced.

—Dícele, que en una-prima

que en la precisa estrechez

de aquel cláustro se sepulta,

cifra su esperanza, aquel

que dió su sangre mil veces

en defensa de la fe.

Dicele, que un padre anciano, sin mas apoyo y sostén que aquella niña, que victima de algun capricho tal vez, á la oscuridad de un claustro fuese inesperta á esconder, llora sin tregua, y añade y da por cierto tambien que la vida ha de costarle al buen viejo; y que ni es ley de todo el que nace humano, ni á un prelado le está bien consentir el que así muera quien por Cristo y por su fe, su vida, que ahora pelagra, espuso mas de una vez.

Y en fin concluye diciéndole que si necio ó descortés no da á su demanda oído se irá con su queja al rey; que el rey atiende las suplicas de un hidalgo de su prez.

Poco esperó D. Enrique la respuesta á su papel, que al cabo de unos instantes, al honrado feligrés del convento, y portador de su pliego, vió volver con otro pliego en la mano rotulado „A sor Inés, Abadesa del convento de las carmelitas“.... „Leed,“ dijo el hidalgo á la monja despues de hacer que el papel á dar á sus manos fuese por el torno; abrióle pues la Abadesa, y con enojo leyó la respuesta en él que en favor de D. Enrique daba el vicario; esta fué:

„Que atendidas las razones que el forastero tenia para entrar, entrar podia, mas bajo estas condiciones.

Que abiertos ya los cerrojos, por sí con la vista en algo

pecar pudiera, al hidalgo se le vendasen los ojos.

Que á la voz de una campana, que al efecto se tocase, por precaucion se encerrase en su celda cada hermana.

Y que en ella se estuviera sin vista, ni voz ni oído, hasta que el mismo tañido la campana repitiera.

Que dos de ellas, bien cubiertas con el velo acostumbrado condujeran al vendado por corredores y puertas.

Que con él hasta el jardín las dos tambien se salieran y que allí testigos fueran de sus acciones, y en fin,

Que despues que su mision haya el mancebo acabado, por donde, y como hubo entrado salga, y se cierre el porton.

Hízose al pié de la letra cuanto mandaba el vicario; corrieronse los cerrojos vendóse al punto el hidalgo; Sonó ronca una campana y quedó desierto el claustro.

Cubriéronse las dos monjas con sus respectivos mantos; púsose la dueña en pié á la voz de Enrique, y ambos en el sagrado recinto de aquel monasterio entraron.

Poco despues de su jardín ameno emboscados los dos tras la enramada, ansiosos esperaban, que Maria, por sus floridas calles se asomara.

Inmóviles, silenciosas las dos monjas y de aquel sitio á regular distancia se preparaban á escuchar, medrosas, la escena, que sacrilega llamaban.

(Concluirá.)



CARTA APOLOCÉTICA

de D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo á Calamocha, con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el **LI-CEO MEXICANO**, bajo el rubro de

EL OCEANO DE TINTA.

Periodico-polis y julio 12 del año de gracia de 1844.



SEÑOR Calamocha: A pesar de que no he tenido la desventura de conocer á V., doy por supuesto que ha de ser uno de esos mozalvetes harbiponientes y temerarios sin mas erudicion que la que puede proporcionar la gramática de Antonio de Lebrija mal traducida y peor decorada, y sin mas saber que el que buenamente se pueda extraer de las obras de esos escritores á quienes vienen como de molde aquellos versos de Parny:

„Ils écrivaient; mais, hélas! qu'ils écrivaient!
„Ils entassaient dans leurs tristes récits
„Les vieux donjons et les nonnes sanglantes,
„Les sots géoliers, les grilles, les cachots,
„Des ravisseurs de Lucrèces galantes,
„De grands malheurs, et des crimes nouveaux,
„Des clairs de lune, et puis les crépuscules,
„De longs sermons, des amans sans amour,
„Des spectres blancs, des tombeaux, une église....

Repito que juzgo á V. individuo de esa numerosa corporacion de sabios que ha tomado por asalto el Templo del Saber, lanzando de él á los legitimos poseedores con la misma urbanidad con que Cromwell lanzó del Parlamento á los representantes del pueblo inglés. Si Sr. Calamocha, escritor empirico y novel, V. me ha venido á afirmar en que es cierto, certísimo aquel prologo que dice: „No hay cosa mas atrevida que la ignorancia.“ ¡Atravesase V. á criticar á los periodistas como nosotros! Válgate Dios por el tal D. fulano Calamocha y que hueco y que horondo que estará con su

mal zurcido papasal! ¿Y creeria V. que no le habiamos de contestar? Pues, á fé mia, que se ha pegado chasco. Escuche con la debida humildad la siguiente repasata y no vaya á suponerse que le respondemos porque nos hagan mella sus sosas agudezas, sino porque, siendo hecho averiguado que en esta tierra de bendicion siempre se adjudica la palma de la victoria al que habla al último, esta consideracion nos obliga á quebrantar el silencio del desprecio. Y no se espante V. de que le hable en primera persona de plural, porque esto dimana de que así como el Cancerbero era segun Shakespeare „tres caballeros á la vez“ (*three gentlemen at once*) así tambien yo, D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo, soy ni mas ni menos que todos los periódicos que V. ha injuriado, y algo mas. Tenga V. la bondad de poner ese *algo* mas despues de *periódicos* y dispense la molestia.

Comienza V. por citar á Ciceron. ¡Donosa ocurrencia! ¿Qué no sabe V., pobre hombre, que ya no se usa Ciceron? Sigue V. con motivo de esto diciendo que los hombres ven reproducidas en el sueño las ideas que mas impresion les han hecho mientras despiertos, y que de consiguiente V. como periodista piensa todo el dia en su periódico y con él debió forzosamente de soñar. Pues con esto (si no hubiera otros méritos) bastaba para calificarle de periodista espurio é indigno de semejante nombre. Amigo, el verdadero periodista no se acuerda del periódico mas que el dia del corte de caja mensual: ya se ve, V. será uno de esos

seres viles y rastreros que escriben de valde. ¡Puf, que asco!

Dejémosle aparte la peregrina idea del océano y démosle á V. el parabien por el adecuadísimo símil que encontró para sí y para sus compañeros. En efecto, ese símil prueba la exactitud con que podemos decir: que *no tenemos necesidad de calabazas para nadar.*

Por principio de cuentas le recuerda V. al Zurriago la descomunal y tremebunda batalla del Parian:

„Infandum, Regina, jubes renovare dolorem.”

¿No considera V. que esa herida está frescecita, y que sus torpes dedos la han de volver mas dolorosa al manejarla? Milagro es que no dijera V. por añadidura que la critica del Zurriago era puramente gramatical, que siempre escogia antagonistas débiles é insignificantes (como *erubi gratia* el Diario del Gobierno,) que en todas sus campañas salia como Napoleón en Waterloo, en fin, tantas cosas como podia haber añadido la viperina lengua de V.

Mucho tengo que decirle á V. con respecto al Siglo XIX, porque no puedo perdonar la injusticia con que lo ha juzgado. El Siglo no es un periódico de tornasol como V. dice. El Siglo es una especulacion inocente que comenzó despues de esa revolucion llamada de la *regeneracion* (y que en efecto lo ha sido, pues que de entonces acá todos los mejicanos hemos mudado de piel;) digo pues, que el Siglo comenzó con la regeneracion y despues con motivo de una *regenerada* que le dieron á la libertad de imprenta, tuvo la prudencia de callar, advirtiendo en una patética despedida que no seguia hablando porque le habian tapado la boca. Pasaron dias y como quiera que la libertad de imprenta se vió mas restringida, el Siglo por medio de una lógica excelente formó este silogismo:

La publicacion del Siglo se suspendió porque no habia libertad de imprenta;

Sed sic est que ahora hay menos todavia que en la época de la suspension.

Ergo ahora se debe continuar la publicacion del Siglo.

Así fué; el Siglo volvió á aparecer y en sus editoriales habrá V. leído con admiracion brillantes articulos de política *general*. Esto prueba que no es un periódico de circunstancias. El Siglo sostuvo con calor las prohibiciones, y si bien despues defendió á espada desenvainada la introduccion de papel extranjero libre de derechos, esto fué por una razon intachable, esto fué por un motivo muy racional, esto fué... porque el Siglo XIX se imprime en pa-

pel. Nunca forme V. juicios temerarios, Sr. Calamocha; nunca infiera V. de la prudencia con que se maneja un periodista que el periodista tiene miedo, ni juzgue que se contradice cuando nó hace mas que defender sus propios intereses.

Injusto fué V. con el Siglo y nó lo ha sido menos con el Diario del Gobierno. Esta preciosa caricatura del Monitor, es interesantísima por la amenidad de su boletín, por sus elocuentes editoriales, por la armonía que siempre guarda con la representacion nacional, en fin, por otras muchas prendas que la caracterizan. Hay gentes menguadas que dicen que el Diario es un perpetuo panegírico que en *nada* se parece al de Trajano, que nunca contesta con razones sino con amenazas, que un dia dice que lo blanco es negro y al siguiente que lo negro es blanco, y al otro que ya no hay nada de lo dicho; pero todas esas calumnias son dignas de desprecio, y por lo que toca á las contradicciones en que incurro voy á referir una anécdota que viene muy al caso: defendía un abogado veneciano una causa en que habia dos fallos contradictorios del mismo tribunal y con el objeto de manifestar á los serenísimos senadores el profundo respeto con que miraba sus disposiciones le habló de esta manera: „*Il mese passato le vostre eccellense hanno giudicato così; é questo mese nella medesima causa; hanno giudicato tutt'ol, contrario, é sempre ben.*” ¡Lo mismo vosotros, mis queridos diaristas! Hoy decis uno y mañana otro, pero *sempre ben.* Pasemos al Cuadro Histórico, Sr. Calamocha, porque al hablar del Bienio me entenezco.

Pensaba yo darle á V. una buena felpa por la irreverente manera con que trata á ese venerable monumento de lo que hicimos y de lo que no hicimos, pero lo dejo para otra vez en atencion á que esta carta va siendo larga y todavia tengo mucho que decir.

Hélenos aqui en el Museo. ¿Con que sus redactores hacen vapor sin fuego? ¿Con que *novelizan* la historia del país? ¿Con que no hablan español? Presumo lo que V. me podrá contestar; sobre poco mas ó menos será esto: Si, Señor, hacen vapor sin fuego porque escriben viages sentimentales en el estilo de Sterne, sin haber estudiado á Sterne; *novelizan* la historia del país porque dicen que en el año de 1810 habia serenos en el pueblo de Dolores y porque ponen en boca de Morelos lo que jamas pensó decir; no hablan español porque... Basta, basta, esa es pura envidia: en su vida es V.

capaz de comenzar un artículo de costumbres con la gracia con que comienza este:

—Chol' chol' arre! para!

—Arrea! chol' chol!

—Aquí tiene su mercé los *andantilos*

—¡Hola! aquí están los burros.

—¡Arriba muchachos! ¡los burros!

—Este ligeritó es el mio.

—Paulita.

—Chucha.

—Muchachas.

—A escojer sus cabalgaduras.

—Este es el mio.

—Tara ra ra, ta ra rá: mamá este burrito es el mio.” etc. etc.

No sé que quiere V. dar á entender cuando dice que el Correo francés (y nó francés como puso el cajista de V.) iba cargado de diccionarios de la conversacion. ¿Será por ventura que de allí saca sus editoriales?

Grande impresion le han hecho á V. las trasposiciones de la Hesperia, y así debia por fuerza de suceder porque V. es incapaz de apreciar las bellezas del estilo; V. tacha de oscuras sus pomposas frases y yo le respondo que esa oscuridad es precisamente la que mas realce le da: ese es el punto de semejanza que tiene la Hesperia con los libros siblínos, cuyo principal mérito consistía en que nadie los podia comprender.

Hasta aqui he logrado conservar la paciencia; mas mucho me temo que va á dar á pique la poca dosis que me resta, al ver lo que dice V. del Mosquito Mexicano.

La sangre me hierva cuando recuerdo la insolencia con que trata á un periódico cuyo noble fin es revelar los secretos de la vida privada, servir de instrumento á la venganza y al despecho, marchitar la reputacion de los ciudadanos, y admitir y dar á luz toda clase de acusaciones por injustas y personales que sean... ¡Sublime mision la del Mosquito! ¿Y es posible que el empedernido corazon de V. nó le tribute la debida admiracion? ¡Oh! ¡Ah! como exclama D. Amadeo en la Marcella.

Con estraneza he visto que no ha atacado V. al Observador judicial echándole en cara su propio nombre: un Zollo de su calibre hubiera dicho cuando menos que es título de Observador indica que debia vigilar sobre todos los tribunales, indicar lo bueno y malo que en ellos hubiera, los medios de corregir los abusos, en fin dar el lleno debido á su mision, y nó contentarse con presentar una segunda edicion de las providencias del gobierno.

Las objeciones que V. hace al Ateneo se re-

ducen á estas dos: 1.ª que tiene muchos redactores y pocos de ellos trabajan; 2.ª que el cuaderno suelto vale cinco reales. A las dos le contesto á V. que

Non tali auxilio, nec defensoribus istis
Tempus eget

pues que V. ni es redactor de ese periódico, ni apoderado del público. Si le escucese á V. lo de los cinco reales suscribirse y de esta manera le costará tres, lo que es mucho mas barato, puesto que si habia V. de desembolsar cinco reales por número y despues de leerlo nó le habian de quedar ganas de gastar otros cinco, de esta manera le sale por seis reales al mes y tiene V. el privilegio de no pasar sus ojos por él y dejarlo para que aprenda su casera geografía, legislación, y que sé yo que mas.

Con placar he visto lo que dice V. del Lucero de Tabucaya porque en eso ha descubierto la cortísima dosis de sentido comun con que á natura plugo dotarle. Hombre de Dios, ¿cómo puede ser que el Lucero se dirija á Tabucaya, cuando allí mismo es donde se publica? Ya se ve, de á legua se conoce que V. no sabe lo que trae entre manos. No señor; el Lucero es un periódico libre, independiente, y acaso es el único de oposicion que existe entre nosotros. A sus redactores si que se puede aplicar lo que en el colojio de los perros pone Cervantes en boca de Cipion. „Muy bien dices; Berganza, por que yo he oido decir desa bendita gente, que para republicos del mundo nó los hay tan prudentes en todo él”.

Una sola cosa le echa V. en cara al Tornavoz, y á fé mia que es respecto de él tan injusto como con todos los demas. Sin embargo, se le debe agradecer el que nó se entudiese, pues yo me esperaba que por lo menos hubiera dicho lo siguiente: „Los redactores del Tornavoz escriben muy de prisa y de consiguiente muy mal: su empresa es la mas descabellada que darse pueda, porque el advertir sus defectos á actores que se tienen por otros tanto caballeros y damas *sans peur et sans reproche*, es obra de romanos; y el extoriar á los imperturbables empresarios de nuestros teatros, es predicar en desierto. Nó está todavia el público de nuestro país tan ilustrado que se atreva á silbar una mala pieza ó un mal actor; aun nó ha comido la civilizacion su genial bondad; así es que sufre con paciencia los mamarrachos que le representan y las muecas que le hacen, gasta su dinero y aplaude tal vez por un efecto de su benevolencia, de la misma manera que el manso corderillo lame la afilada cuchilla que le va

á segar la gola. ¿Y bajo tales auspicios se ha propuesto el Tornavoz por fin de sus tareas la reforma de nuestros teatros? Bien se conoce que sus redactores no se han penetrado de esta verdad: la posición del espectador de México es mas triste que la del *claqueur* de París." Una filípica por este estilo esperaba de su mordacidad.

Insensiblemente me he estendido mas de lo que queria y voy á concluir esta carta antes de que me salga V. con que es muy larga y que no la puede insertar en el Liceo; pero no quedaria satisfecho si no me burlara de V. por la negligencia con que formó su artículo, pues que se le quedaron en el tintero el Imparcial, el Comercio, el Ateneo Laterano, y no sé que otros mas. *Non omnia possimus*, amigo mio, recuerde V. esa sabia máxima y vaya buscando algun destiñillo, porque (hablando con toda sinceridad) tengo mis *barruntios*, como dice Tirabaque, de que ha de manejar mejor la azada que la pluma.

No crea que el despecho me ha inspirado esa caritativa insinuación; muy al contrario, me da V. lástima y por esto le ofrezco generosamente toda mi protección y valimiento.

Desea á V. completo alivio de la comezon de escribir que tan fiera le atormenta, su atento servidor que B. S. M.

Pantaleon Zacarius Escribidor, Galicin, de la Gerigonza y Articulejo.

Post-Scriptum.

Se me pasaba decirle á V. que no he defendido á la Guirnalda (supongo que de ella queria que se entendiese aquello de la matrona coronada de arzobispos) porque la lectura de ese periódico forma su mejor apologia. Leála V., si puede, y se convencerá de esta verdad. Le recomiendo á V. igualmente la oracion cívica del Sr. gobernador de Californias que ha publicado el Diario. No puedo menos de citar aqui las siguientes notables palabras de su exordio: „Conciudadanos: hoy completa *ocho mil cuatrocientos y tres* vueltas el planeta que habitamos *al* *derredor de ese sol radiante*, desde aquel dia venturoso y de eterna remembranza en que vió consumada la independencia nacional. ¡Asombroso descubrimiento! Pobre cronologia, pobre historia, ¿es posible que no hubieseis caído en cuenta de que mil años antes de la creación del mundo, ya nosotros los venturosos mexicanos cantábamos allá en la mente de Dios:

„Somos independientes,
Viva la libertad!”

Con lo dicho conocerá V. si este discurso no es de aquellos en que se ven unidas la ciencia y la *elocuencia* y cuya lectura produce *espúñencia* al paso que ejercita la *paciencia*. *Vale.*

LA PRIMAVERA.

COMENZADO

ENDECHAS REALES.

A la apacible brisa
Soplando dulcemente
En el prado riente
Hojas esparce de purpurea flor.

Graciosas pastorcillas
Con risa placentera
Forman danza ligera
Cubriendo el rostro virginal pudor.

La azucena que airosa
Descuello entre las flores
Con sus gratos olores
La vuelta anuncia del florido abril.

Y ya en las selvas se oyen
Los cánticos suaves
De mil pintadas aves
Y el dulce son de flauta pastoril.

Contento deja el lecho
El labrador ansioso
Apenas ve gozoso
De la mañana el fúlgido arbolito.

El tierno corderillo
Rezoza en la llanura
Y en la corriente pura
La llama templo del estivo sol.

Mas oh fatal destino
Tras el verano hermoso
Camina presuroso
El cano invierno con adusta faz.

Así á los bellos dias
De juventud brillante
Sucede el fiero instante
Término triste del vivir fugaz.—J.



LA CALMA.



ACIA el fin del decimo septimo siglo, el navio „Comercio” que iba del Hávre á las Antillas naufragó en alta mar á poca distancia de la costa de Portugal; gran porcion de agua se introdujo por la quilla y el navio zozobró á pesar de los esfuerzos de los marineros y la tripulacion, que se componia de veinte y ocho hombres fué sumergida en los abismos del oceano.

Por un instante se vieron flotar algunos hombres sobre las olas; sus gritos y amargas quejas llegaban hasta las nubes; tres fueron los únicos que sobrevivieron abrazados de los restos de un mástil.

Estos tres desgraciados flotaron todo el dia á merced de las olas, y en vano buscaban del lado del horizonte un terreno en que pudiesen abordar á un buque que los recogiese; lanzaban melancolicas miradas al cielo aun cubierto de nubes; y sintiendo la disminucion de sus fuerzas, rogaban fervorosamente y lloraban de desesperacion, pero nada aparecia en el inmenso y solitario espacio, y el fatal momento se acercaba en que sus manos yertas y tiezas iban á abandonar el mástil que los sostenia.

Enfin, hácia media noche, con la apacible claridad de la luna, percibieron una costa desconocida y un buque medio encallado, cuyo casco se confundia por la oscuridad con las rocas de la costa. Uno de los naufragos quiso sacar algo su cuerpo para dar voces anunciando su desgraciado estado, pero sus esfuerzos fueron vanos, afortunadamente la corriente lo conducia hácia la playa con direccion al buque, de donde fueron divisados é inmediatamente salvados.

El buque que los recogió llamado el „Formidable” se dirijia á la Pointe-Pitre, pero la corriente lo habia arrojado sobre las rocas, y á pesar de esto poco habia padecido, y aguardaba

solamente la subida de la marea para hacerse á la vela. En efecto, el siguiente dia el „Formidable,” se alejó con un viento próspero. Era un excelente velero, sólidamente construido, y durante algunos dias caminó con velocidad, pero pronto cesó el viento, una calma completa puso al buque inmóvil y ninguna maniobra pudo hacerlo avanzar. La mar estaba tan tersa como un espejo, y el sol brillaba en medio de un cielo sin nubes.

La agua y los víveres comenzaron á faltar y la tripulacion esperimentó los horrores del hambre. La carne fresca que habia á bordo se habia acabado hácia algunos dias y la salada pronto fué consumida. Procuraron cojer pescados formando unos con trapos y estopa, pero á pesar de este ardid la pesca no tuvo buen éxito, y la calma continuaba.

Si la escasez es espantosa cuando aflige nuestros campos, cuanto mas terrible es en un buque, donde no hay medios de evitarla; figuraos unos seres humanos hacinados en un estrecho espacio, separados únicamente por algunas tablas de los profundos abismos del oceano, abrazados por los rayos del sol, pálidos y macilentos, disputándose alimentos medio podridos, que cada dia se disminian, sobrellevando á penas una existencia próxima á extinguirse, alimentándose con paja deshecha y cuero, alimento cuya sola idea oprime el corazon; pensad lo horroroso de esta muerte, consecuencia inevitable de tormentos tan atroces, lejos de su patria, de su familia y en total abandono entre el firmamento y el mar, sin socorros, sin consuelo, pues el infortunio aisla á los hombres; en estas fatales circunstancias el instinto de conservacion habla solamente, todos los lazos están rotos, y todos los sentimientos generosos apagados por el vil egoismo.

Tal era la situación de la tripulacion del „Formidable;” habia llegado á este grado de afliccion y de miseria de que los anales de la ma-

rina presentan varios ejemplos, en cuyos casos se concibe la triste idea de sortear para inmolar una víctima al hambre de los otros. Esta idea homicida estaba pintada en todos los semblantes y miradas; sin embargo ninguno se atrevía á preferirla.

Una tarde se hallaban reunidos los tres náufragos del „Comercio” sobre el alcázar de atrás y uno de ellos llamado Lachan se levantó apresuradamente y se dirigió al castro de los marineros del „Formidable.”

„Amigos míos, les dijo, con voz débil, cuando me hallasteis en medio del oceano estaba destinado á morir, vosotros fuisteis mis libertadores, os ofrezco mi vida para prolongar la vuestra algunos dias; no tengo parientes ni familia y así me entrego sin temor á la muerte; la suerte podría tocar á otro que abandonaría á sus hijos y á su cara madre... vale, mas que voluntariamente sacrifique mi existencia... Mis últimas plegarias serán dirigidas al Todopoderoso por vosotros. ¡Plegue al cielo cese la calma que os detiene y podáis abordar á alguna playa donde encontraréis socorro!” Esta proposición fué escuchada con horror; mientras mas generosa y sublime parecia, mas vacilaban en aceptarla; ninguno osaba preferir una palabra; la humanidad, la moral y la razon conservaban aun en los corazones

un imperio, que aunque débil, se sobreponia al del hambre. Las sensaciones que agitaban á los marineros del „Formidable” eran de aquellos que son indefinibles si no se han experimentado, y muy pocos de los que han pasado por estas crueles pruebas, han sobrevivido para relatar sus padecimientos.

Un marinero flaco y macilento que roía en un rincon un pedazo de cuero hizo esfuerzos y se medio levantó, agarró una hacha se arrastró hasta cerca de Lachan y le descargó tal golpe que le derribó á sus piés. No procuraré describir la espantosa escena que sucedió; cuando se lea la relacion del naufragio de la „Medusa” se encontrarán pormenores análogos á los que aqui suprimo; mi único objeto es hacer ver hasta que punto puede llegar la abnegacion de sí mismo. En mi concepto ningun acto heroico es comparable al de este marino oscuro, que dió su vida por salvar la de sus compañeros.

La misma noche sopló el viento y á otro dia desembarcaron en las Azores, donde la tripulacion olvidó sus fatigas y sus tormentos. De manera que un solo dia hubiera salvado al desdichado Lachan y evitado á los marineros, un crimen que su misma situacion no puede disculpar.

T. por L. M.

SAN VICENTE DE PAUL.



BIEN lea con atencion la vida de S. Vicente de Paul, luego se persuadirá de que Dios mandó á este gran santo á la tierra para cumplir en aquellos tiempos con altos designios en la Iglesia y ejercer un poderoso influjo en los venideros. A los ojos de los fieles se presenta como un fenómeno en el órden de la gracia, que da testimonio de la accion constante del Autor de la religion, quien la hace triunfar en las luchas que sostiene contra las

pasiones humanas, quien la consuela en medio de las tribulaciones que padece, quien repara las pérdidas que tiene, quien convierte la sangre de sus mártires en fecunda semilla de cristianos, quien la mantiene en medio de las catástrofes y trastornos del mundo, inmóvil siempre en el seno de las tempestades, siempre poderosa para curar las heridas del cuerpo social, siempre fecunda para multiplicar sus beneficios en la tierra y sus elegidos en el cielo.

Hace ya cerca de dos siglos que terminó S. Vicente su larga carrera de buenas obras pa-

Licco. Mexicano.



S. VICENTE DE PAUL.

ra ir á recibir en el cielo la corona inmortal debida á sus méritos, y su memoria está tan presente, que parece que murió ayer. De un polo al otro se pronuncia su nombre con veneración; en todas partes son sus obras conocidas, y solamente el recuerdo de su vida, despierta dulces emociones en el corazón. Todos los proyectos que tienen por objeto el alivio de la miseria, buscan el patrocinio de S. Vicente, y para interesar las almas cristianas en favor de la indigencia se apropian sus sentimientos, toman sus palabras y citan su ejemplo. Rara vez se lee dos veces la vida de otro santo, pero la de S. Vicente de Paul se lee y vuelve á leer con mas gusto; porque gusta el espíritu de meditar el misterio de la gracia divina que se obró en él; de contemplar la profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios, que presentan las maravillas que obró el Señor tomándolo por instrumento. Si el corazón del lector llega á penetrar en el hermoso, noble y grande de S. Vicente de Paul, sentirá que se dilata, se enciende, se abre á las tiernas emociones de la caridad; y cuando se recorren todas las circunstancias de su vida, nadie es dueño de dejar de apropiarse algo de la celestial alma del santo. Y luego queda un no sé qué, que anima á seguir la virtud y mejorar de conducta.

Con mucha elocuencia nos dice la vida de este gran santo que *Dios es admirable en sus santos*; y tambien nos demuestra cuán diversas son las obras de la religion de las obras humanas. ¿Quién es S. Vicente de Paul á los ojos de los hombres? Un gran genio que supo concebir grandiosos proyectos para el bien de la humanidad, y que supo tambien procurar medios poderosos para realizarlos: un genio extraordinario, dotado de sentimientos elevados y sublimes ideas que ha inmortalizado su nombre, repartiendo inmensos beneficios por todo el mundo. Pero de este modo, esto es, reduciéndolo á las proporciones, aun cuando sean las mas perfectas, del espíritu humano, se hace pequeño á este grande hombre y se le quita á su vida todo el atractivo y la fuerza que tiene para el corazón; y si la religion ha elevado en sus altares á S. Vicente de Paul, es porque mira en él algo mas que un hombre privilegiado por la naturaleza; pues ve una obra maestra de la gracia, un instrumento de la Providencia divina que se declara el consuelo de los afligidos, la proteccion de la viuda y del huérfano, y que vela incesantemente por el alivio del pobre y del necesitado. Mira en él la religion un hombre extraordinario, destinado á obrar ma-

ravillosas acciones, pero sin recibir mas inspiraciones que las del cielo y sin mas poder que el de la gracia; un hombre que no derrama en la tierra sino los beneficios que saca de los tesoros de la bondad de Dios, y que camina por la carrera de sus buenas obras conducido por la mano de aquel que formó su corazón y lo dotó de sentimientos de compasion y misericordia.

Hay otra cosa mas en él, y es el prodigio mas edificante y mas admirable de su vida, y el prodigio de la humildad cristiana: para que desempeñe su alta mision es preciso que el poder humano sea nulo en él. En los designios del Señor va creciendo á medida que se cree mas pequeño, y obra grandes cosas cuando se juzga incapaz de hacer el mas pequeño beneficio: cuando se oculta á la vista del mundo y se esconde en un oscuro rincón, entonces se hace el objeto de la admiracion y del reconocimiento de los pueblos. En esta conducta está el secreto de cómo es un *hombre de Dios á propósito para toda obra buena*. Desde el momento en que las ideas del mundo dejan de ejercer un imperio en su espíritu, se hace instrumento digno de la divina Sabiduría; y en cierto modo la Providencia se identifica con él, y forma con él un todo, porque es seguro que no le arrebatará la gloria de sus obras. Si gámoslo en la larga y brillante carrera que recorre: ninguna maravilla obró S. Vicente, ni aun tan solo tiene el pensamiento de obrarla: los lugares en donde trata de esconderse son precisamente el teatro, en donde contra su prevision va á manifestarse mas su virtud; las ocasiones de hacer un bien se presentan por sí solas, y tales son las circunstancias, que aun cuando el deseara evitarlas no le es posible; teme llamar la atencion de los hombres, procura que otros hagan las obras que se le presentan, pero á su pesar se ve obligado á realizarlas. Admira todo el mundo la caridad ilimitada que derrama su corazón, las empresas gigantescas que salen de sus manos y solo él no puede explicar la causa de esta admiracion; asómbrale el que otros se admiren y asegura ingenuamente que no ha tenido ni la idea de hacer lo que se le atribuye. ¡Cuán superior es todo esto á los pensamientos humanos!

Bello cuadro presenta á la meditacion del cristiano la obra de Dios en este gran santo; vese con ternura que la Divina Providencia va á buscar el instrumento de sus maravillas, no entre los poderosos y sabios del siglo, sino en la oscuridad, en la pobre cabaña de un miserable labrador; prepara en secreto su corazón

para la mision sublime que se le ha de confiar, dispone a su derredor las circunstancias propias para cumplir sus designios, y lo lleva como de la mano, sin que él lo conozca, por toda la carrera que ha de andar para gloria de Dios y felicidad de los pueblos. ¡Cuán hermoso es meditar la obra de Dios en este hombre pobre, desconocido de los hombres, sin fortuna y sin esplendor, y que poco á poco llega á ser en la escena del mundo un hombre extraordinario, cuya memoria pasará á la mas remota posteridad, y será en toda la tierra venerada! Su alma crece á la par de su cuerpo, *avanza en edad y prudencia*, su corazon se dilata gradualmente con el fuego precioso de la caridad que debe consumirlo toda su vida. Educado en la escuela de la gracia y guiado por sus luces, se le ve ensayar las fuerzas de su zelo, extender insensiblemente el circulo de sus buenas obras, y saltar en poco tiempo los limites de la Francia y abrazar en cierto modo todos los lugares, con la estension de su caridad y todos los tiempos con su duracion: es semejante á un rio cuyas aguas toman origen en un oculto hueco de un peñasco, fertiliza en sus vueltas los lugares en donde nace, atraviesa despues los limites de los imperios y lleva luego á climas lejanos la fertilidad de sus aguas.

Es la vida de este gran santo el mas asombroso prodigio de los que obra en el mundo la religion y el mas inexplicable para el espíritu humano. Un pobre sacerdote, que nació en una choza situada en un rincón de la provincia mas inculta é ignorada de Francia, cuyos primeros años los pasa en bajas ocupaciones, que no puede alegar ni su nacimiento ni su fortuna, ni la proteccion de los grandes: sin mas recursos que los sublimes sentimientos de su corazon; sin mas amigos que los desgraciados; sin mas tesoro que la caridad publica este pobre sacerdote, cada paso que da en la carrera de la vida va marcado con una maravilla, y llega á tener tal influjo en su siglo, que cambia el estado de la Iglesia y de la sociedad en toda la Francia, y se estiende luego á toda la Europa y á todos los puntos del universo. Por su virtud es llamado al palacio de los reyes para bendecir los últimos instantes de un hijo de S. Luis; por ella entra en el famoso consejo de conciencia que tenía en sus manos los destinos de la Iglesia de Francia, y llega á subyugar de tal modo á todos los miembros, que sin su consentimiento especial no es posible ninguna promocion al episcopado, y así quedó ya cerrado el santuario de las dignidades eclesiásticas á

la intriga y al favor, pues solo el merito es el título que allí tiene lugar: desde entonces se ven elevados á la silla episcopal, en todos los puntos de la Francia, santos pontífices que miran solamente en el augusto carácter que los reviste la obligacion de dedicarse enteramente á la gloria de Dios y al consuelo, á la felicidad, á la salud de los pueblos que han confiado en su vigilancia. Desde esta época, semeja al sol cuyos rayos benéficos llevan el calor y la vida á todos los objetos de la naturaleza, desde las gradas del trono en donde su virtud lo colocó comunica la llama de su alma, reanima el espíritu del sacerdocio y el zelo de la casa de Dios, hasta los últimos grados de la gerarquía eclesiástica, y prepara á la Iglesia de Francia el siglo hermoso que por siempre será de gloriosa memoria. Siéntese en todas partes su influjo y en todo lugar se abre una nueva era á la religion por sus afanes ó por sus consejos; en todas las diócesis se abren como por encanto los seminarios, esos asilos sagrados de la inocencia y de la piedad, en donde bajo la sombra de los altares van los levitas á instruirse en las augustas funciones que han de desempeñar, y que se hacen la fuente en donde beben la ciencia y la virtud que caracteriza al clero de Francia: levántanse por todas partes casas de retiro para que en la soledad y meditacion se preparen los discípulos del santuario para recibir los órdenes sagrados, y en donde los operarios del Evangelio van á descansar de las fatigas del ministerio, á restaurar sus fuerzas y templar de nuevo su zelo por la gloria de Dios y la salud de los pueblos. A S. Vicente de Paul se debe el primer establecimiento de esos retiros que mantienen tan admirablemente la pureza y fervor del espíritu sacerdotal, que atraen á tantos pecadores al camino de la virtud; y que han servido y sirven aún de tanto consuelo á la Iglesia no solo de Francia sino de todos los puntos del universo. Véase esa numerosa tropa de misioneros que se dispersan por todas las aldeas y lugares pequeños, disipando la ignorancia, despertando la fe, estirpando los vicios y la corrupcion, sembrando la virtud en todos los corazones, y en una palabra, regenerando los pueblos, restableciendo las prácticas santas de la religion y renovando el aspecto de todas las provincias: ¿quién los envia, los conduce y los dirige? S. Vicente de Paul. Unas veces, cual otro Josué, se pone á la cabeza de ellos para animarlos y tener parte en sus trabajos evangélicos; otras como Moisés, levanta sus manos al cielo mientras que ellos combaten en el campo. Los se-

minarios regeneran y perpetúan el sacerdocio, los retiros y las misiones restablecen las buenas costumbres y la piedad en los pueblos; toda la Francia toma un nuevo aspecto por el zelo de un pobre sacerdote, de S. Vicente Paul. La fama de los prodigios que obra en el órden de la gracia se estiende á lo mas remoto; parece que su alma se multiplica; hace su influjo que por todas partes se levantan hombres de Dios; que con el impulso de su espíritu obran y se quieren asociar á la mision que tiene que desempeñar con el fin de aumentar sus beneficios. La Polonia, la Italia, las Islas Hébridas, el Africa, Madagascar, participan del ardor de su zelo: Roma tambien siente sus efectos saludables, llama á su seno á los sacerdotes que se formaron en su escuela y quiere tener las instituciones que fundó en Francia.

Penetra esta poderosa accion de S. Vicente de Paul hasta las entrañas del cuerpo social para sondear y curar todas sus heridas, y la ardiente caridad que Dios infundió en su corazon y con la que lo hizo un instrumento digno de sus misericordias y de su gracia no se limita á regenerar las almas en la fe, sino que abraza todas las miserias humanas para aliviarlas. Y su vida se presenta en este punto como una serie no interrumpida de prodigios, y en esto aparece la profundidad de las *riguezas y de la ciencia de Dios*, de quien es ministro. El galeote que ruge con las cadenas que le han forjado sus crímenes y el huérfano modesto expuesto al doble riesgo de la deshonra y del hambre; el niño expósito (1) y el viejo agobiado de años y miserias; el demente errando en un oscuro rincón; el noble arruinado y el artesano sin trabajo y sin pan; el soldado herido en el campo de batalla y el enfermo pos-

[1] Capréfigue, autor de un excelente compendio de la vida de S. Vicente de Paul, al hablar de la caridad de este santo para con los niños expósitos, dice: „Tengo á la vista un libro redactado por estas caritativas „mujeres [las Hermanas de la Caridad] que estaban encargadas del cuidado de los expósitos: este libro es una especie de relacion de los viajes nocturnos que hacia S. „Vicente de Paul en la ciudad de Paris, para recoger á „los niños abandonados, y un verdadero diario del esta „blecimiento sostenido por los cuidados de las señoras del „Hospicio.
„22 de enero. Ha llegado el Sor. Vicente como á las once de la noche: nos ha traído dos niños, uno parece que „tiene seis dias de nacido; el otro es un poco mas grande; „estaban llorando las pobres criaturas. La superiora les „ha puesto nodrizas.
„25 de enero. Las calles están cubiertas de nieve. Estamos aguardando al Sor. Vicente etc.“

trado en el lecho del dolor: en fin, todos los desgraciados son el objeto de sus afanes, todos son segun su bella expresion, *su peso y su dolor*. Cuando los desastres de que la Lorena fué el teatro, hicieron huir hácia él pueblos enteros reducidos á la mas espantosa indigencia; cuando la persecucion de Escocia y de Irlanda, obligó á una multitud de víctimas á atravesar los mares para pedirle socorro y proteccion; cuando la peste, la guerra y la hambre desolaban una tras otra las provincias mas hermosas de Francia, y llevan á todas partes el pillage, la consternacion y la muerte: este pobre sacerdote, que nada tiene, es bastante para aliviar las miserias, para consolar á todos los desgraciados y para socorrer todas las necesidades. ¡Oh cuán bellas son las páginas de la historia de nuestra religion, en que se manifiesta á S. Vicente de Paul en medio de tantos desastres y de tantas ruinas, luchando con perseverancia contra los esfuerzos del ángel esierminador que derramaba por todas partes el caliz de la amargura del dolor! ¡Cuán grande y admirable no le presentan en los prodigios que hizo para socorrer á los pobres, llevando en su corazon el genio de la caridad divina, y asemejándose á una benéfica nube que por todas partes por donde pasa derrama abundantemente los socorros y el consuelo! Párecese á un gran depósito que por mil canales transmite á todas las almas abatidas el frescor y la vida; es el hombre de la Providencia que comunica su compasion y su misericordia á todo el que lo rodea y todo lo que se le acerca. Quien lo formó á propósito para ser padre de los pobres, excita por medio de él en todas las almas generosas una sed ardiente de obras buenas. ¡Qué bello espectáculo nos presenta el poder de este santo sacerdote que enterece á todas las almas, que saca de todos los tesoros, que pone en movimiento á todo Paris, que se atrae á la carrera de las buenas obras á los hombres mas ilustres de la época, que con el ascendiente de sus virtudes obliga, por decirlo así, á que se derrame en el seno de los pobres la abundancia de los ricos! Es á la vez la serpiente de bronce puesta en el desierto, á la cual mirando todos los desgraciados encuentran alivio, y el centro en donde se reunen todos los rayos de caridad que saltan de todos los corazones. Estiéndase la vista por todos los puntos de Francia y véase la llama de caridad que brilla por todas partes; admírense esos magníficos palacios abiertos en Paris á todas las miserias, frutos todos del zelo y actividad de S. Vicente Paul; véase á todas las provincias animadas con su

ejemplo, movidas con sus exhortaciones, haciéndose émulas de la capital y reproduciendo las maravillosas instituciones que en el seno de ella ha levantado. ¿No es cierto que parece que el fuego de su alma hace brotar prodigios por todas partes? ¿No es cierto que datan de su época todos los establecimientos benéficos que tiene la Francia y otras muchas naciones, y que son tesoros abiertos siempre á todas las necesidades humanas, esas sociedades de obras buenas que se han multiplicado tanto y que bajo diferentes formas conocen y socorren toda miseria; esas oficinas de caridad, esas congregaciones hospitalarias cuyas generaciones incesantemente se reproducen y siempre en mayor número, siempre mas afanosas por el alivio de la humanidad doliente y que son el honor y la gloria de la Iglesia de Francia?

Parece pues que la historia de la vida de S. Vicente de Paul, debe identificarse en adelante con la del mundo cristiano, y no debe acabar sino con ella. Al dejar la tierra dejó en ella la actividad de su alma y la llama de su corazón. Sobreviven raras veces al hombre sus obras, y si conservan algun resto de existencia, es como soplo que continuamente se debilita y pronto se disipa: como un edificio levantado en la arena, al que deteriora la lluvia, sacude el curso de los años, y destruye el viento y la tempestad. Mas son al contrario las obras de la religion, porque son obras del mismo Dios; los santos son los instrumentos de que se vale para producir las, y ellas participan de su inmutabilidad; son como la casa construida sobre la roca, á la que consolida mas el tiempo y las intemperies de las estaciones; como el árbol agitado por el huracan que solo se dobla á su impulso para echar raíces mas profundas. Mirase grabado ese carácter de inmutabilidad en todas las instituciones de S. Vicente de Paul; aun vive en medio de nosotros como vivía hace dos siglos, y en vez de perder la fecundidad con el curso de los años, su caridad parece mas activa cada día y su influjo mas poderoso; aun permanecen en pie los establecimientos que abrió á la humanidad afligida, y han sobrevivido á todos los trastornos, á todas las catástrofes que han transformado el orden social, La segur de la revolucion ha destruido todo en Francia, pero no ha podido atacar las instituciones de S. Vicente de Paul; y si esta nacion en el siglo XIX en nada se parece á la de su siglo, es sin embargo enteramente la misma en cuanto á la accion de la caridad que entonces puso en movimiento. Puede decirse que

el espíritu de este santo ha sobrenadado en el diluvio de las calamidades que han afligido á la Francia, como el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas del caos; y al quitar las ruinas que cubrian el suelo de esta desgraciada nacion, para colocar de nuevo los cimientos de la sociedad, se han encontrado en pie todas las obras del pobre sacerdote, llenas de su vida primitiva y de nuevo vigor. Hasta hoy manan todavia los niños espositos la leche de la caridad cristiana, y luego que su lengüecilla se desata pronuncia y bendice el nombre de S. Vicente de Paul; subsiste todavia, á pesar de las miserias de los tiempos y de los obstáculos que pone la impiedad á su desarrollo, subsiste este instituto admirable, gloria inalienable de la religion; todavia los viejos y los huérfanos, los enfermos y los indigentes estan en posesion de los asilos que le abrió y reciben la misma asistencia que por sus cuidados recibian; su caridad que comunitó á tantas almas generosas, nada ha perdido de su fuego y su influencia sobre los corazones es hoy tan poderosa como lo era en los dias hermosos de su vida. Han querido algunos, por odio á la religion, substituir la palabra beneficencia á la caridad cristiana, pero hasta estos sin saberlo participan de la llama de amor á los pobres que dejó ardiendo en el suelo de Francia. Véanse los edificios que estos han querido levantar: no son mas que una pátida y mezquina imitacion de los prodigios que obró; nada nuevo han hecho en esto, y todo lo que hacen es simulacro sin vida de la caridad cristiana, así como el culto de la herejía es frio recuerdo de la fe; y todavia mas: su beneficencia es el débil rostro que se halla en sus almas del movimiento que imprimió S. Vicente de Paul á toda la sociedad en favor de la humanidad afligida.

Hizo á las Hermanas de la Caridad herederas de su amor á los pobres y depositarias de su gran corazón, y ellas mantienen, perpetúan y desarrollan mas que nunca hoy las obras que les encomendó; mas numerosas que en su siglo hoy, concentran muy limitada el suelo de Francia para la extension de su caridad; Polonia tiene un gran número; Italia, España y otros países admiran su ingeniosa caridad y aprecian sus sacrificios y su dedicacion. La congregacion de los misioneros de quienes ha sido y es el padre, sin haber tenido ni aun la idea de serlo, segun él mismo lo confiesa con admirable sencillez, ha conservado el fuego sagrado de su espíritu y de su zelo; perpetua su ministerio apostólico y extiende sus beneficios hasta los confines del mundo. Mirase el día

de hoy á un crecido número de estos sacerdotes evangelizando un inmenso terreno de la China, entrando en los desiertos de la Tartaria, siguiendo la errante carrera de los pueblos salvajes que la habitan; miranse dispersos en todos los puntos de la vasta Turquía, sosteniendo la fe en los pueblos católicos que gimen bajo el cruel dominio del Crescente trayendo á la Iglesia los muchos hereéticos del Oriente, moviendo y convirtiendo á los infieles: miranse alentados por un heroico valor instruir en su salud á los salvajes de América, acrecentar el rebaño de Jesucristo y poblar el cielo de una multitud de bien aventurados que por siempre bendecirán el nombre de S. Vicente de Paul.

Podemos pues decir con mucha verdad que S. Vicente de Paul vive siempre entre nosotros; la mision que tuvo que desempeñar en la tierra no terminó con su último suspiro; continúa aún y desenvuelve las obras que fué llamado á levantar y ejerce todavia su influencia saludable y poderosa sobre todo el mundo; agreguemos tambien para consuelo de la Iglesia de Dios que vivirá y desempeñará sus funciones hasta el fin de los tiempos. Parece que la Providencia lo envió al mundo para que fuese siempre una prueba visible de la Divinidad de la santa religion que formó su corazón y le inspiró sus admirables proyectos. Escapa todo lo que le pertenece hasta de la censura del mundo, y no hay en toda su vida una sola circunstancia que dé ocasion á los ataques de la impiedad. Admirarlo contra su voluntad los enemigos de la religion, pronuncian su nombre con respeto, y lo que únicamente sienten amargamente es no poderlo borrar del catálogo de los santos para escribir su nombre en la lista de sus hombres filantrópicos.

Será como ha sido siempre el mas perfecto modelo tanto del sacerdote como del simple fiel; por que en él se encuentran reunidas las dos vidas que forman la perfeccion evangélica: la vida de Marta y la vida de Maria: la union de la piedad mas sublime y verdadera con la mas arjente accion de la caridad. Encuéntrase en él con particularidad el principio de toda grandeza, de toda virtud á los ojos de la fe, el restimen de toda la religion, el divino secreto de obrar maravillas y hacerse digno instrumento en las manos de Dios: esto es, una profunda humildad. Debemos decirlo: no es de admirar que la Providencia obre prodigios de toda clase por el ministerio de un pobre sacerdote: conocemos su infinito poder, su inefable bondad; pero lo que si es admirable, lo que confunde al espíritu del mundo, lo que es

carácter inalienable de la religion, es ver que este pobre sacerdote ignora los prodigios que obra; que su mano izquierda no siente los prodigios de caridad que hace su mano derecha; que cuando en todas partes es elogiado, cuando todos le llaman padre de los pobres, salvador de la Francia, él se considera como *el mas miserable de los hombres* y como *quien no ha ganado el pan que come*. ¡Qué bello es encontrar reunidos á un mismo tiempo destinos tan grandes y tan profunda abnegacion de sí mismo! ¡qué pureza en sus miras! ¡qué rectitud de intenciones! ¡Cuán agradable es meditar su interior! en él todo está muerto para la naturaleza, ¡porque todo es inspirado por la humildad. No se miran en él esa reflexion del amor propio, ni esa vana satisfaccion de sí mismo que con frecuencia desfiguran las virtudes en apariencia mas perfectas; ni se ve esa mezcla de pensamientos humanos y pensamientos divinos cuyo único resultado es confundir todos los sentimientos del alma y dar al vicio el nombre de virtud, que confunde el orgullo con la firmeza, la debilidad con la dulzura, la voluntaria humillacion con el envilecimiento de la autoridad, la madurez de la prudencia con la falta de energía, y los desvarios de una ardiente te imaginacion con el zelo y el fervor. En ese interior no se ve tampoco la agitacion de una delicadeza ultrajada, ni el abatimiento de una esperanza engañada, ni la rebeldia de una sensibilidad irritada, ni la amargura de un zelo inconsiderado. Su interior es un corazón tranquilo y pacífico que posee la unción y la paz de la humildad: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris*.

Este es pues el principio que da origen á todas las obras que emprende y perfecciona; y parece que se complace Dios en revestirlo de su omnipotencia, en confiarle el tesoro de su riqueza y en revelar le los secretos de su Providencia. Agreguemos tambien que S. Vicente de Paul nos manifiesta en su misma persona el fiel cumplimiento de la promesa del Evangelio: á los ojos de Dios y de los hombres hoy es admirablemente exaltado, porque admirablemente se humilló: *Qui se humiliat exaltabitur*.

No puede el mundo comprender este misterio; la ciencia humana jamas producirá una maravilla como esta: pero el fiel, dócil á las doctrinas de la fe y á las inspiraciones de la gracia, podrá sacar de esto una saludable instruccion que santificará su conducta, y que, practicando las virtudes de este gran santo, lo hará digno de tomar parte en sus obras.